

EL IMPERIALISMO DE LA MERCANCIA AMERICANA Y EL ESTABLECIMIENTO EN MEXICO DE
THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK

Por el Cort. MIGUEL A. QUINTANA

Cuando yo vi que se convertían en una realidad los rumores que corrían en los círculos financieros y comerciales sobre el próximo establecimiento en esta Capital de una Sucursal del "The National City Bank of New York," pensé que era necesario que fijáramos nuestra atención sobre este hecho que para muchos pasaba inadvertido, pero que para mí representaba no solo la iniciación de una nueva era económica, sino un cambio fundamental en nuestras costumbres, en nuestra cultura indolatina y por consiguiente en nuestra conformación social. Yo deseaba vivamente que no fuese cierto todo lo que pensaba sobre la acción de dicho Banco; pero cuando cambié impresiones con algunos compañeros míos del Instituto Mexicano de Ciencias Económicas y les consulté si sería conveniente dar a conocer al público las ideas que yo tenía, convenimos en que sí se debía hablar del asunto, aunque solo fuese para descargo de nuestra conciencia y para que el público conociese el probable programa del Banco que se iba a establecer. Entonces fue cuando me determiné a hablar de este interesante asunto, recordando el consejo que el eminente biólogo, a la par que filósofo profundo, Claudio Bernard, daba a sus más íntimos amigos diciéndoles que cada uno debe dar lo que sabe de una materia, no sin antes profundizarla

cuanto sus fuerzas se lo permitan, dejando que el público lo aprecie en lo que vale; y publiqué en la Revista Mexicana de Ciencias Sociales mi artículo "¿Qué viene a hacer The National City Bank of New York a México?" porque me afirmé con la creencia de que había llegado a nuestro país, no solamente una avanzada del imperialismo financiero de los Estados Unidos, sino un verdadero Estado Mayor que en forma técnica venía a preparar el terreno, para que la mercancía americana tomase las mejores posiciones en el mercado de nuestro país, a fin de conquistarlo para el imperialismo americano, desalojando de sus antiguas posiciones a los productores y comerciantes mexicanos y europeos.

El establecimiento de dicho Banco es algo perfectamente lógico, que se deduce de la prosperidad americana después de la Gran Guerra. Y, desgraciadamente es también algo incontrarrestable que nos impone el más fuerte. Pero también es algo que debemos aquilatar en todo lo que para nuestra Patria significa; quizá no para evitar esa invasión económica; tal vez no para conseguir un remedio que atenúe en cierto modo sus efectos, pero sí para saber lo que ese Banco viene a hacer realmente en nuestro medio económico, pues la frase hecha "México no puede prosperar sin la ayuda del capital extranjero" es ya un dogma de fe en el que se cree sin discutirlo; y de aquí que la fundación de ese Banco Americano se estime como la iniciación de una era de progreso para México, aun cuando no nos preguntemos cuál va a ser ese progreso y en qué forma lo vamos a sentir los mexicanos, y también los extranjeros, no americanos, que están arraigados con empresas en México.

El objeto de mi conferencia será el analizar la probable actuación del Banco, y para conseguir ésto será necesario saber de las necesidades del mercado americano y de las nuestras, a fin de saber si se pueden llenar ambas con el capital americano manejado por The National City Bank of New York. Voy a exponer a ustedes las ideas que tengo sobre la forma cómo actuará este Banco; advirtiendo desde luego, que mi más ardiente deseo es que mi culto auditorio sintiese la impresión de que me había equivocado totalmente en todo

aquello que presiento ha de ser de fatales consecuencias para nuestra Patria.

“¿Qué viene a hacer The National City Bank of New York a México?” es el título que yo di a mi artículo. Sencilla sería la respuesta a esta interesante y trascendental pregunta, si se tratara de la fundación de la sucursal de cualquier otro Banco que no fuese el National City Bank. Contestaríamos simplemente: viene a tomar el dinero de los que no saben o no quieren invertirlo en negocios, para entregarlo en calidad de préstamo al que sabe hacerlo producir y puede dar las suficientes garantías para reintegrarlo a su vencimiento. Dos funciones que legítimamente corresponden a un Banco de depósito.

Pero aquí no se trata de un Banco común y corriente, cuya instalación nos convendría ya que necesitamos del crédito. Se trata de una institución que representa el imperialismo del capital y de la industria americanos. Se trata de un gran Banco que acaba de consolidarse con el Farmers Loan & Trust Co. para acumular un activo de DOS MIL MILLONES de dólares; de un Banco que ha extendido sus sucursales por todo el mundo y que está manejado por los principales capitalistas americanos, entre los que se encuentra la casa de J. P. Morgan y Cía.; de manera que la respuesta a tan interesante pregunta debe hacerse por modo especial, ya que se le ha concedido muy grande importancia al establecimiento de dicho Banco.

Vamos a dar una ojeada retrospectiva a la actuación de los antiguos Bancos de emisión que fueron los que determinaron el progreso que se sintió en México durante la época del gobierno de Porfirio Díaz, para poder determinar cuáles fueron las necesidades que estos Bancos llenaron, y deducir de ahí cuál es la clase de capital que necesitamos en estos momentos, que estimo muy semejantes a los que vivieron aquellos Bancos, ya que entonces como ahora, tenemos que entrar en una nueva era de actividad, aunque la que se nos presenta hoy sea de mayores necesidades en todos sentidos.

Nuestros Bancos de emisión y depósito se fundaron al amparo de una ley de principios económicos absolutamente clásicos. Fueron Bancos que únicamente podían hacer opera-

cional por medio del capital bancario preciso era el haber establecido Bancos hipotecarios y refaccionarios, en defecto de capitales de origen particular que se hubiese asociado a los empresarios.

Los Bancos actuales, que comprenden perfectamente los peligros que corren prestando capitales para inmovilizarlos, se han atendido hoy a procedimientos más rígidos para dar su dinero; y como adolecemos del mismo defecto de no contar con verdadero papel descontado, sus carteras, como se puede ver en los balances, están muy limitadas y sus reservas para garantizar a sus depositantes son muy elevadas, pudiéndose decir que todos los Bancos, sobre todo los extranjeros, están prestando los depósitos que reciben.

Si el Banco de México y los demás nacionales y extranjeros que están establecidos en el país, no pueden conseguir una cartera adecuada a un Banco de emisión, como es el de México, y a unos Bancos de depósito, como son los otros, claro está que en nuestro mercado no se necesitan Bancos de esa clase, pues las necesidades, como se ha dicho ya, son de capitales de carácter fijo y para refacciones a largo plazo.

El Nacional City Bank es un Banco de depósito que tiene que operar en igual forma, y por consiguiente tampoco podrá formar una cartera de documentos perfectamente garantizados y realizables a corto plazo. Esta circunstancia debe ser perfectamente conocida de los directores de ese Banco. Pero aun cuando pudiese operar, no es México un mercado en el cual se puedan invertir capitales en cantidades que satisfagan a un Banco de esa importancia; de manera que no se puede creer que su finalidad sea la de prestar dinero en las mismas condiciones que opera cualquier Banco, ni mucho menos la de conseguir los depósitos de los capitalistas mexicanos, que son harto insignificantes, pues el problema de los Bancos americanos es el de invertir los millones de millones de depósitos que han acumulado los Bancos. ¿A qué viene entonces dicho Banco?

Vamos a decirlo en unas cuantas palabras, pero antes es necesario que conozcamos cuál es la situación económica actual de los Estados Unidos. Antes de la guerra ya tenía una

posición económica excepcionalmente importante, pero después ha adquirido tal superioridad sobre los demás países del mundo, que se puede decir que es el país industrial y agrícola más importante. Si tomamos las seis materias primas fundamentales para las actuales necesidades humanas: cereales, lana, algodón, carbón, petróleo y fierro, podremos decir que los Estados Unidos tienen en lo absoluto dominados estos productos. Tan solo con fijar la atención en uno de ellos, el algodón, veremos que la cosecha de esta fibra en el mundo fue de 29.656,000 pacas en el año de 1927, de las cuales los Estados Unidos cosecharon diez y ocho millones, consumiendo en sus propias fábricas 7.190.000, o sea tanto como consumió todo el Continente europeo y más del doble de la Gran Bretaña, que es una nación especialista en la fabricación de telas de algodón. Del petróleo sería ocioso hablar pues bien sabemos cuál es la importancia de su producción y cómo han controlado este combustible en todo el mundo en unión de los intereses ingleses. Por lo que se refiere a los cereales, ha sido tal la afluencia de capitales a la agricultura, que en estos momentos también existe en ese gran país el problema agrario; pero cuán distinto del nuestro que es de falta de brazos, de técnica, de capitales y de producción. Allá se espera la crisis de sobreproducción, que está provocando que los agricultores abandonen las tierras que no les producen lo que pueden obtener en la industria y el comercio, que están ganando millones a costa de la depresión de la agricultura. Naturalmente que todos los ramos de la agricultura se encuentran en las mismas condiciones y por eso hemos visto que se han puesto o se pretenden poner derechos prohibitivos a nuestros ganados, a la fruta no tropical, al tomate de Sonora y Sinaloa y a los cereales de la Argentina.

En cuanto a su industria, actualmente se puede decir que nada de lo que se necesita para la vida en todos sus aspectos dejan de producir. Prueba de ello la tenemos al ver que de nuestro mercado se están desalojando mercancías que antes solo se producían en Europa, como la maquinaria para hilados y tejidos, la ropa de lujo, las medicinas, los colores, las conservas alimenticias y mil cosas más. Sentimos la gran influen-

cia de la industria americana en nuestras importaciones de camiones de carga y automóviles, en la maquinaria agrícola y para toda clase de usos, en los muebles, en los relojes y joyas, en los comestibles que nosotros podemos producir, y hasta en la música estridentista que están propagando por todo el mundo mediante las ediciones baratas y la imposición de un instrumental estrafalario. Tenemos que apreciar el arte por medio de la máquina americana, comprando sus pianolas, sus múltiples variedades de fonógrafos y aparatos de radio, convirtiéndonos en tributarios de ellos con la compra de rollos y discos; y, finalmente, el cinematógrafo toma de nuestro país enormes cantidades de dinero que alteran nuestra balanza de pagos con el exterior, aparte de conseguir un efecto educador en favor de los intereses americanos de expansión social y económica.

La grandeza de los Estados Unidos se debe a que cuentan con un territorio enorme provisto de los más favorables elementos para la producción en el cual se ha aumentado la población de tal manera, que siendo de cincuenta millones en el año de 1880, actualmente está casi triplicada. Cuentan con un territorio de nueve y medio millones de kilómetros cuadrados, que es casi igual al de toda la Europa, comprendiendo la Rusia, que es de diez millones; y esa enorme población, sobre una tierra privilegiada, ha determinado el gran consumo y por consiguiente el establecimiento y prosperidad de una gran industria, ya que el propio país es el principal consumidor y en cantidades muy grandes debido a los altos jornales.

Los Estados Unidos han deseado siempre inmigración de extranjeros a su territorio, pues a ellos deben su prosperidad industrial; y si ahora están restringiendo su entrada, no es por otra cosa que no sea la crisis de sobre producción que está dejando sin trabajo a muchos obreros; de manera que todos los esfuerzos de los productores americanos se encaminan a dar salida a esa producción fuera de su territorio; y para conseguir esto, el imperialismo americano se propone imponer su dominio económico en toda la América, haciendo una fuerte campaña en contra de la Europa, a fin de excluirla en lo absoluto de los mercados del Continente americano.

Para conseguir esta finalidad, de la que seguramente depende su bienestar económico, se valdrá de todos los medios. Así como nos está imponiendo su música, sus modas y sus costumbres que no están de acuerdo con las nuestras y que nos ocasionarán serios perjuicios en nuestra cultura, como una iniciación de su programa imperialista, nos impondrán todos sus artículos por medio de una inteligente y formidable propaganda, para que no pensemos ya sino en adquirir todo lo que sea americano, como antes pensábamos en Francia cuando deseábamos la ropa de mejor gusto, un perfume fino, un objeto de arte o un libro de ciencia, o en Inglaterra para adquirir la mejor maquinaria.

Pero el imperialismo de mercancías no puede imponerse tan solo por la propaganda en países que han estado acostumbrados al artículo europeo y que tienen viejas y arraigadas relaciones en estos importantes mercados, los cuales han encontrado siempre grandes facilidades de crédito para sus compras. Si por corto tiempo y como consecuencia de la Gran Guerra, los mercados europeos se debilitaron y desatendieron su clientela de las Américas latinas, hoy esa vieja Europa, maestra de los Estados Unidos en la producción, resurge después de la guerra y reorganiza racionalmente su industria para lanzar sus productos a los mercados. Los ingleses, grandes conservadores de sus viejos sistemas de fabricación y ventas, propias para las épocas en que dominaban los mercados con la bondad de sus artículos, están cambiando sus sistemas de fabricación, de propaganda, de ventas y hasta de métodos para tratar al cliente; y la Alemania que fué la causante de la guerra, no por su militarismo y su imperialismo político, sino por su formidable concurrencia, con mercancías buenas y baratas, a los mercados en donde dominaban los países que después fueron aliados, están acrecentando ya su producción, haciendo uso de mayor número de horas de trabajo y de los mejores métodos de organización racional de su industria, a fin de poder pagar una deuda cuya anualidad es casi igual al total de la nuestra. Finalmente, países que después de la Guerra han prosperado en su producción por modo muy notable, como Suecia, Bélgica, Holanda, Suiza, Ita-

lia, astán haciendo una inteligente campaña para conseguir los mercados de Asia y de América.

La concurrencia en lo futuro será formidable entre la Europa, a la que se agregará el Japón, y los Estados Unidos, para adquirir mercados; y estos serán los países no industrializados, como los de la América Indo-latina, como la China, la India y el Africa.

No cabe la menor duda sobre la importancia y grandeza de la agricultura y la industria americanas; pero sobre este punto cabe el preguntar: ¿La producción americana está organizada en tal forma, salvo determinados artículos que constituyan una especialidad, que su precio de coste resulta inferior al de la producción europea en lo que se refiere a la industria? ¿La agricultura de subsistencias de los Estados Unidos, producto de grandes extensiones de tierra trabajada con máquinas monstruos y dirigida por un gran cuerpo de técnicos, que actúan con la ayuda de todos los recursos de la ciencia y de un gran número de laboratorios, pagando jornales muy elevados, puede competir con la agricultura extensiva de la Argentina y con la futura producción rusa? ¿Si esa gran organización ha dado por resultado una producción de cereales a ínfimo precio, por qué razón existe esa crisis de sobreproducción y por qué esos agricultores del Oeste han tenido que pedir ayuda pecuniaria al gobierno para poder guardar sus semillas y venderlas después a precios más altos, al calor de la protección arancelaria? ¿Por qué se ha esperado siempre una solución a ese problema del partido demócrata que está de parte del agricultor?

Yo creo firmemente que la producción americana fundada sobre la base de jornales muy altos, para cubrir las grandes necesidades que tiene el pueblo americano, no podrá competir en iguales condiciones de calidad y precio, con la producción de Europa y del Japón, en donde los jornales son más bajos y las necesidades más modestas. Bien es cierto que esa producción ha llegado a ser extraordinaria y ha proporcionado grandes utilidades que se han capitalizado en nuevos negocios; pero esto se debe al propio consumo de su enorme número de habitantes que han pagado sus subsistencias y

artículos de consumo a precios muy altos, por causa de la protección arancelaria que les ha encarecido notablemente la vida. Pero en cuanto se han sentido las necesidades de exportar para dar salida a los excedentes de producción, que después de la Guerra han sido enormes, se ha pensado que es necesario dominar los mercados, no con el precio más bajo y la mejor calidad, pues esto no permitiría las grandes utilidades que han formado grandes fortunas, sino por medio de un especial trabajo de penetración económica en los países no industrializados y especialmente en los de la América Latina, que desean sea su mercado exclusivo, en virtud de una nueva interpretación de la doctrina Monroe que será "América para la mercancía de los Estados Unidos de América." Uno de los medios para conseguir este objeto, será la celebración de tratados de comercio con tarifas diferenciales, que se impondrá por medio de la presión económica y en muchos países con la fuerza material o con la diplomacia comercial. Otro deberá ser el dominio que se ejerza apoderándose de los grandes y fundamentales instrumentos de producción, como las líneas de comunicación: caminos carreteros, ferrocarriles, teléfonos, telégrafos y comunicaciones aéreas; y también de la fuerza motriz y de las principales materias primas con que cuente cada país. Excusado es el decir que no está al alcance de otras naciones productoras el hacer este especial trabajo de penetración en los momentos en que están ocupadas de su propia organización. En la América esto es casi imposible para otra nación que no sean los Estados Unidos, quienes tampoco lo permitirían en ninguna forma.

Pero el principal medio para conseguir esa penetración económica seguramente que es el establecimiento de una institución de crédito genuinamente americana, que represente el imperialismo americano del capital, o sean los grandes trusts que han elevado al poder al partido republicano y son los que manejan las finanzas de esa gran nación, procurando la extensión de su imperialismo en todo el mundo. Ese genuino representante de la plutocracia republicana yanqui, es el National City Bank que ha venido a establecerse entre nosotros, no porque nuestro Gobierno lo haya querido así y por

concesión especial, sino haciendo uso de las franquicias que concedo la Ley de Instituciones de Crédito. Tal y como se han establecido los Bancos canadenses, los ingleses y alemanes.

Antes de que yo diga a ustedes cual será el programa del Banco, según mi modo de entender las necesidades de expansión económica de los Estados Unidos, es necesario, aun abusando de la bondadosa atención de ustedes, que precise algunos de los conceptos que he expresado sobre esa Nación y, sobre todo, que ratifique la afirmación que he hecho de que la organización de la producción americana no podrá hacer que los artículos americanos concurren a los mercados en igualdad de precio y calidad que los europeos, sin que sean favorecidos por tarifas especiales de importación en virtud de tratados especiales. Para tratar este delicado asunto es necesario decir unas cuantas palabras sobre el complicado asunto de los derechos aduanales, y digo complicado porque la protección exagerada ha creado la prosperidad industrial de los Estados Unidos y Alemania, y el libre cambio determinó que Inglaterra llegase a ser el primer país industrial del mundo. Dos cosas opuestas que tienen, naturalmente, su explicación económica. Nos referiremos al primer caso.

Los Estados Unidos, como ya se ha dicho antes, poseen la más vasta y bella extensión de tierra cultivable que pueda existir dentro del territorio de una sola nación, provista de una magnífica red fluvial para su irrigación y que en gran parte es navegable, red que les proporciona una cantidad enorme de caídas de agua para la producción de fuerza hidroeléctrica muy barata; y tienen, además, el petróleo y yacimientos de metales preciosos e industriales de una importancia de primer orden. No podía ese país, después de haberse engrandecido con la compra de la Luisiana a Francia y con la adquisición de la mitad de lo que era nuestro país, permanecer siendo un país esencialmente agrícola. Fue necesario que se hiciese industrial, en los momentos en que la Europa, con Inglaterra a la cabeza, habían establecido la gran industria y dominaban los mercados del mundo con sus productos. Comprendiendo esto, abandonaron su política esencialmente libe-

ral heredada de los ingleses y en el año de 1874 inauguran su movimiento proteccionista que se acentúa en 1883 y se corona en 1890 con los famosos bills de Mc Kinley, sucediéndose la Wilson Act de 1894 y la Dingley Act de 1897, que tanta influencia tuvo sobre nuestra minería. Durante los años siguientes fue reformando el arancel protector, siempre en el sentido de aumentar los derechos; y fue tan fuerte la protección a los artículos que se fabricaban en el propio territorio y tan marcada la tendencia de convertirse en exportadores de sus productos industriales, que la tarifa máxima de 1910 gravaba con un veinticinco por ciento adicional los derechos de importación de los artículos procedentes de los países que tuviesen para con los Estados Unidos un tratamiento aduanal diferencial desfavorable. Después de la Guerra han conservado sus tarifas proteccionistas, que el mismo Wilson no pudo modificar de acuerdo con las ideas librecambistas de los demócratas, según veremos después, debido a que esa misma Guerra no se lo permitió. Esta política proteccionista y la circunstancia de ser productores en grande escala de materias primas, les permitió sostener un excedente muy grande de exportaciones sobre las importaciones; y el progreso enorme de estas dos ramas de su comercio con el exterior se aprecia por las cifras siguientes: en 1901: 825 millones de importaciones y 1487 de exportaciones; y en 1925: 4372 millones de importaciones y 5180 de exportaciones.

Los economistas admiten la protección exagerada de las aduanas a las industrias, únicamente cuando éstas se están formando, pues no sería posible que compitieran en precios con las de otros países que ya tienen perfectamente organizada su producción; pero creen que, en cuanto que esas industrias están perfectamente establecidas, como pasa en los Estados Unidos, la protección debe cesar para no encarecer demasiado la vida, pues los industriales, aun cuando tengan ya un precio bajo de coste de producción, se aprovechan de la protección para enriquecerse pesando sobre el consumidor. En los Estados Unidos puede suceder una de dos cosas: o se sostiene la protección aduanal porque el precio de coste de la producción es muy elevado y la supresión de los derechos

aduanales provocaría el paro de todas las industrias que no pudiesen competir con las extrajeras similares; o se sostienen esos derechos por la influencia que las grandes industrias y los trusts tienen en el gobierno, a fin de seguir acumulando grandes utilidades para el grupo de la plutocracia, utilidades que se toman indebidamente de la masa del pueblo consumidor.

Vamos a tratar brevemente estos dos puntos, aunque parezca que me he alejado de lo relativo al establecimiento del Banco, que es el motivo de esta conferencia. No me he apartado de la cuestión. Para vender una mercancía en un mercado, no es necesario hacer trabajos de penetración económica, ni dominar ese mercado con la inversión de capitales para acaparar los principales elementos de producción; basta con la propaganda comercial del artículo, su buen precio, su buena calidad y sus buenas condiciones de pago. Y si se buscan otros medios, claro está que debemos creer que esa mercancía se nos va a vender a precios altos. Yo me inclino a creer que la mercancía americana es cara, salvo en algunas líneas que constituyen una especialidad de fabricación organizada. No es esta opinión que en mi boca parecería harto aventurada. Woodrow Wilson, el presidente demócrata, probó esto durante su campaña política que le dio la presidencia. Wilson era libre-cambista y sus más duros ataques al régimen republicano se dirigieron al proteccionismo que, lo mismo que ahora era el sostén de la industria americana. Decía en su libro "La Nueva Libertad", que la doctrina primaria de Webster y Clay que protegía las industrias nacientes por medio de los derechos aduanales, para ayudarlas en su período de formación, como ya lo dije antes, beneficiaba al país aunque levantase una muralla que lo separaba del comercio del mundo, porque en los Estados Unidos había una área tan grande de comercio libre, que la competencia dentro del país mantenía los precios en un nivel normal. Mientras cada Estado, decía, pueda competir con los demás se obtendrá este provecho; pero cuando la industria ha quedado establecida, llena las necesidades nacionales y aún queda un remanente considerable para la exportación, es claro que la protección no puede subsistir sin que llegue a

constituir una restricción a las relaciones comerciales con las demás naciones y un motivo poderoso para encarecer la vida de los propios nacionales. Y tenía razón Wilson en lo que se refiere a las relaciones internacionales. En estos momentos la Francia, grande amiga de los Estados Unidos, ha demostrado su descontento porque esta Nación exige las mejores condiciones para la entrada de sus mercancías y, en cambio, pone derechos prohibitivos a la mercancía francesa; en el mismo caso está España en lo que se refiere a la fruta; y nosotros mismos sufrimos esta tiranía de imposición de mercancía y prohibición de que entre la nuestra, ya sea con derechos altos o bajo pretexto de propagación de plagas.

Wilson y sus partidarios no creían en la grandeza de la industria americana. No creían que esa industria pudiera resistir la libre concurrencia de la mercancía europea en sus propios mercados, como los ingleses resistían la entrada de la mercancía alemana siendo libre-cambistas; y para probar esto estableció, durante su campaña presidencial en New York, una exposición llamada "Cámara de los horrores" en donde se exhibían muchas manufacturas americanas con los precios altos a que se vendían dentro del país y los bajos a que era necesario venderlas en el extranjero a fin de poder igualar los precios de venta de otras naciones. Aún más: hablando de la incapacidad de la industria americana para competir con la europea, decía en su libro: "una de las más señaladas acusaciones contra esa tarifa protectora, estriba en que nos ha arrebatado nuestra independencia, la plenitud de nuestro carácter, la confianza en nosotros mismos. Nuestra industria se ha hecho cobarde, pendiente de la ayuda oficial. Cuando oigo decir que si se suprime el proteccionismo arancelario caeremos vencidos por la concurrencia extranjera, me pregunto cómo puede creerse que la arrogancia de nuestro espíritu tema competir con el mundo. ¿Somos acaso chiquillos que necesitan todavía de viverón?"

Tenía razón Wilson. Los Estados Unidos se han visto obligados a practicar el DUMPING, que consiste en encarecer las mercancías que se fabrican y consumen en el propio territorio, para poder vender a precios bajos esas mismas mer-

cancias en el exterior; pero para conseguir que esta operación dé los resultados que de ella se esperan, es necesario que haya unidad de acción entre los vendedores, cosa que los Estados Unidos han conseguido admirablemente por medio de sus trusts. Ely, un economista americano se refiere en una de sus obras a una serie de productos de los trusts americanos que se venden en el extranjero a más bajo precio que en los Estados Unidos agregando que si los precios a que se vende en el interior del país se pidiesen para la exportación, seguramente que suspendería la producción por pérdidas. Por otra parte, sesenta y cinco sindicatos han declarado espontáneamente al INDUSTRIAL COMMISSION que vendían sus productos más baratos en el extranjero. Las diferencias de precios de estos artículos son enormes. Generalmente son de veinticinco por ciento, llegando hasta el 26% en algunos artículos, como el alambre de fierro de ciertos gruesos.

Por lo que se refiere a la gran presión que ejercen los trusts sobre el Gobierno, con el objeto de conservar los altos derechos de importación, sin que esta influencia respete ni los intereses americanos radicados en el extranjero, basta considerar el caso de los derechos de importación al azúcar, según el proyecto de la Tarifa Hawley que en estos momentos se está discutiendo en la Nación vecina y que es un paso más en el proteccionismo exagerado, pues se estima que el aumento de los derechos llegará a la cantidad de setecientos cincuenta millones de dólares que pesará sobre el consumidor americano; y es tan grande la inmoralidad de los legisladores que se estima en cien millones de dólares el precio del voto del bloque agrícola de los legisladores, aunque éstos dicen que con la elevación de los precios de los artículos manufacturados que tienen que comprar los agricultores, se nulifica en un noventa por ciento la protección a los productos agrícolas que concede esa tarifa.

El senador Timberlake manifestó lo siguiente con respecto al impuesto de tres centavos sobre la libra de azúcar: "El aumento del impuesto sobre la importación de azúcar, fue uno de tantos que con mis asociados me cupo en suerte preparar. Soy un productor de azúcar se remolacha y estoy con-

siderado como uno de los más eficientes; pero no he podido conseguir en tres años más que el tres por ciento sobre mis inversiones, no obstante que he tenido una producción más que mediana. Los nuevos derechos darán por resultado que se arruine la industria azucarera cubana, pero en cambio se establecerán ingenios en Filipinas cuyo azúcar no podremos gravar porque esas islas forman parte de la Unión Americana; pero en cuanto que su producción sea muy grande, daremos la independencia a Filipinas para poder gravar su azúcar." El Presidente Hoover manifestó que teme que el impuesto sobre el azúcar, recayendo por completo sobre el consumidor, provoque una reacción política.

Por todo lo expuesto se deduce claramente que los Estados Unidos, manejados por los trusts, no tienen más ideal que el del acaparamiento de dinero en grandes cantidades, sin importarles, como en el caso del azúcar, que se arruinen los ingenios cubanos que en un setenta y cinco por ciento son de capitalistas americanos. La declaración del senador que legisla en favor de sus propios intereses, de que se dará la independencia a Filipinas antes de que se perjudiquen los intereses de los trusts que no saben producir barato, demuestra que los grandes intereses del pueblo americano están en manos de un grupo de explotadores sin pudor y sin vergüenza.

Wilson estimaba que la nueva libertad de su país consistía en la destrucción de esos grandes trusts, sobre todo los del crédito. Unos cuantos Bancos, decía, se enlazan con las juntas directivas de un gran número de negociaciones que dominan las grandes actividades y así se combinan las empresas de transportes con las de manufacturas, con las de producción de fuerza y con las de explotación de recursos naturales del país, para formar una verdadera comunidad de intereses que domina los mercados e impone los precios de todos los artículos de consumo.

Wilson definió en estas cuantas líneas el imperialismo americano del capital y llamó "Nueva Libertad" a la destrucción de ese imperialismo, que al fin no pudo efectuar. Por una ironía de la suerte él mismo determinó que su Nación entrase a la Guerra Europea y ese imperialismo llegó a un grado

tal, que no solo el pueblo americano desea esa "Nueva Libertad" sino que dentro de poco la va a pedir todo el mundo.

Con la representación de esos grandes trusts y de ese imperialismo americano, se nos presenta The National City Bank of New York en nuestra Patria. Ese Banco será el contacto, el "trait d'union" entre los intereses americanos y los mejicanos: de manera tal, que una institución concedora de los medios de acción de ambos mercados y de sus necesidades, sirva de intermediaria inteligente y activa para encauzar los negocios en la forma que convenga al más fuerte. Será este Banco el supremo dispensador del crédito. Las casas americanas, o que venden artículos americanos, no han podido extender su radio de acción, porque no cuentan con el capital suficiente que se necesita para repartir al crédito sus mercancías; pero el Banco tomará a su cargo y como una de sus principales funciones el descuento de pagarés con motivo de estas operaciones, para que se intensifique la venta de determinados artículos. También prestará a los exportadores americanos el servicio de entregar documentos que amparen el embarque de mercancías, contra aceptación de giros que descontará, dando en cierto modo su garantía a esas ventas, puesto que todas ellas le serán consultadas antes de efectuarse. También ofrecerá dinero en calidad de préstamos a negociaciones comerciales e industriales que le convenga controlar después en cierta forma. El Banco no viene, como muchos creen a comprar industrias, a prestar sobre inmuebles y a acaparar negociaciones, pues no puede hacer esto, ni se lo permiten sus estatutos ni nuestras leyes bancarias lo aceptarían; pero será el intermediario para que otros lo hagan, cuando esas negociaciones no puedan cubrir los créditos que el Banco tenga a su cargo. Esta fue la acción de este mismo Banco en Cuba cuando la formidable crisis del azúcar motivada por el armisticio que terminó la Guerra Europea.

La exposición de esta primera actividad del Banco, relativa a que otorgará crédito a las negociaciones del país y facilitará la venta a largos plazos de cierta clase de mercancías, nos demuestra, a primera vista, que se nos va a hacer el gran servicio de concedernos crédito para la adquisición de toda

clase de mercancías, constituyendo esto un bien muy grande para un país que no tiene, como ya lo hemos dicho, capital circulante. Esta conclusión es indiscutible, si la examinamos superficialmente, como estamos acostumbrados a juzgar de todos nuestros grandes problemas; pero si nos detenemos un poco y estudiamos esa interesante fase de la actividad del Banco, veremos que tiene las ventajas y los grandes inconvenientes que en seguida vamos a detallar.

En primer lugar debemos preguntarnos ¿a quién se le va a dar facilidades para la importación de mercancías? Seguramente que será a los distribuidores americanos que tendrán la confianza del Banco, pues es seguro que unas cuantas personas o sociedades se encargarán de las grandes importaciones, para después hacer la distribución por medio de los detallistas, cuando se trate de mercancías que tengan que venderse en esa forma; y por lo que se refiere a la venta a plazos largos y exhibiciones pequeñas, como la de automóviles, pianolas, radiolas y máquinas de uso particular, muebles, etc., es seguro que estas ventas se intensificarán grandemente y por conducto de determinadas casas que tendrán la representación de los fabricantes. Es de creerse que los mexicanos alcanzaremos muy poco de estos pingües negocios y que los europeos, que hasta la fecha han dominado todas las ramas de nuestro comercio, tampoco tendrán su participación pues serán los enemigos natos de una expansión que va en contra de esos viejos intereses arraigados entre nosotros. Si se logra la eliminación de la mercancía europea de nuestro mercado cosa que se procurará por todos los medios posibles, es seguro que la mercancía americana se nos venderá a grandes precios, aunque con grandes facilidades de pago, pues no se puede creer que se haga ese trabajo de penetración para vender a precios más bajos que en los propios Estados Unidos, ya que el DUMPING les deja grandes pérdidas y la ambición de acaparar capitales es muy grande.

No cabe duda que es asunto de vida o muerte para el imperialismo americano el conseguir mercados firmes antes de que la Europa pueda rehacer su industria y organizar sus ventas, pues saben perfectamente que el viejo continente produ-

cirá mucho y a bajos precios; y por esta causa se adelantarán a tomar posiciones, tal vez no para vender en la forma común y corriente y por medio del comercio establecido, sino por medio de organizaciones que supriman el intermediario y que toman para sí todas las utilidades, como es la de las máquinas de coser Singer, o por medio de grandes establecimientos en los que se venda toda clase de artículos.

El National City Bank actuará en todo esto como el director financiero y consultor de todos esos grandes negocios, a la par que les proporcione todas las facilidades bancarias. Pero, si los Estados Unidos están sintiendo la necesidad de dar salida segura y rápida a los productos de su agricultura y de su industria, no podremos creer que ese mismo Banco, que representa esos intereses, venga a favorecer nuestra producción industrial y nuestra agricultura de subsistencias, pues el engrandecimiento de estas dos actividades les restaría a ellos un gran consumo que ahora tienen asegurado desde el momento en que ellos ven que de día en día se aumenta nuestro comercio de importación de artículos que antes producíamos y que ahora tenemos que comprar en el exterior. En cambio sí deberemos pensar que se dispondrán a controlar la producción de todos aquellos frutos o materias primas que ellos no poseén, con el objeto de explotarlos en la mejor forma que a ellos convenga y evitar el intermediario. En el número de estos artículos se encuentra el petróleo y los minerales, como los de mayor importancia, el café, el plátano, el hule, el guayule, las maderas preciosas y quizá las de construcción, nuestra interesante colección de fibras, pieles y otros artículos que no es del caso mencionar. Todas estas explotaciones serán acaparadas por medio de los grandes capitales, sin que al mexicano le quede otro recurso que ganar el jornal a razón de un "standard o life" muy reducido, que detendrá su progreso durante una nueva época que quizá será muy larga, pues no es creíble que se establezca en esas explotaciones y para favorecer a individuos que son de otra raza, el sistema de salario-*causa de Ford*, ya que el indio no va a ser consumidor de esas materias primas y lo que importa es que se produzcan al más bajo precio de coste. Es de gran interés para el imperialismo

americano el conseguir este resultado, para que ellos mismos puedan nivelar su balanza de pagos con su Nación, procurando exportar igual o mayor cantidad de la que introduzcan a México en mercancías.

En vista de estas razones, lógico es el creer que el capital americano, tutoreado por el nuevo Banco, no favorecerá ni nuestra agricultura de subsistencias ni nuestra industria, pues su interés radicaré en vendernos la mayor cantidad posible de sus productos; y si en nuestra Patria encuentran, como es seguro que las encontrarán, industrias que les estorben para el desenvolvimiento de su programa, seguro es que las comprarán para explotarlas si así les conviene, como lo han hecho con algunas de las más importantes fábricas de jabón, o para destruirlas como en tiempos pasados se destruyó una fábrica de gas de alumbrado que estorbaba y en los mismos Estados Unidos se suprimen los inventos que no convienen a los trusts, porque les harían cambiar sus procedimientos de fabricación.

Tendremos la pena de ver que con nosotros se repite el caso Cuba. El azúcar que es el principal producto de esa Isla, está controlada en un setenta y cinco por ciento de la producción por el capital americano. La industria tabaquera está en las mismas condiciones; y hasta parece que el rico y famoso tabaco cubano va cediendo el terreno al pseudo tabaco de Virginia, como la música exquisita huye ante el estridentismo ridículo de un jazz, en una carrera que nos lleva al decadentismo artístico.

Pero aún queda algo que decir sobre todo esto, a propósito de que no nos beneficiará esa facilidad para adquirir mercancías a base de crédito. Si no conviene a los intereses imperialistas americanos facilitarnos la producción industrial y la agrícola; es decir, si el Banco no nos va a facilitar la adquisición de instrumentos de producción, cosa que agradeceríamos puesto que nos ayudaría a proveernos de capital fijo, seguramente que únicamente nos venderán bienes de consumo y artículos de lujo; y si esto se realiza, la ruina de nuestra agricultura será un hecho y nuestra industria, que ya atraviesa por un período difícil, caerá estrepitosamente. En vano será

el esfuerzo del Gobierno para crear la pequeña industria que saque al pueblo del proletariado, pues la imposición de la mercancía americana no lo permitirá. El pequeño capital acumulado por medio de la economía se empleará en la compra de un automóvil, de una pianola o de una ortofónica, que se nos venderá con grandes facilidades de pago y que nosotros compraremos sugestionados por la enorme propaganda comercial que se haga de esos artículos, además de que quedemos como tributarios de los vendedores de discos, de rollos y de gasolina. El fomento de la importación de esos y otros muchos artículos, es un ataque en contra del ahorro nacional, es un obstáculo que se le opone a la familia de la clase media y obrera para educarla dentro del sentido económico; es fomentar la frivolidad en un país de carácter frívolo, en el cual es necesario trabajar mucho y por modo económico para lograr la capitalización, único remedio que tenemos a la vista para conseguir nuestra independencia económica y política.

Otra de las fases de la actividad del Banco será netamente financiera. Se desprenderá de su papel de intermediario entre el productor americano y el distribuidor del artículo en México, para asumir el puesto de organizador de grandes negocios en los cuales se puedan invertir esos millones que sobran en Wall Street. El trabajo de desalojamiento del capital mexicano y europeo será formidable. Todo negocio que sea un éxito si se le destina el capital necesario y está dentro del programa imperialista será acaparado por las sociedades que se organicen. Ya hemos visto que la mayor parte de las instalaciones de energía hidroeléctrica han sido compradas por americanos, poco tiempo después de la llegada del embajador financiero de los Estados Unidos, el insinuante Mr. Morrow; la minería está para seguir el mismo camino; la ganadería de la frontera está en manos de americanos; están adquiriendo las plantaciones de plátanos; poseen ya una gran cantidad de pozos petroleros; y seguramente que se estudiarán otros negocios, pues, para que entrase francamente e capital americano, se necesitaba de ese representante de prestigio, ese fideicomisario, que en cierto modo responderá mo-

ralmente del éxito de los negocios que organice o recomiende a los capitalistas.

Realmente se le prepara a México una brillante época de progreso, época que yo comparo con la que tuviese una persona que hipoteca su casa y con el dinero que recibe se dispone a vivir alegremente unos cuantos meses, sin pensar que después tendrá que trabajar duramente para pagar, si acaso puede, los intereses de ese capital que se le prestó y que nunca podrá cancelar. Yo no comulgo con la idea de todo mundo que crée que México necesita para su progreso de la importación de grandes capitales extranjeros, pues estimo ésto como un gran error. Cualquiera inversión de capital extranjero—y enfáticamente declaro que llamo extranjero, en este momento histórico de nuestra historia económica, al capital americano—viene a tomar un rédito de nuestro propio trabajo, rédito que tendremos que pagar con exportación de productos o con nuestras monedas de oro. Si el día de mañana todos los servicios de teléfonos del país, todo el servicio de luz, de calefacción y de fuerza, gran parte de los ferrocarriles, los tranvías de todas las ciudades, las comunicaciones aéreas, la explotación del petróleo y los minerales y todos nuestros frutos tropicales y materias primas están en poder del extranjero, es seguro que para muchas personas pasará inadvertido esto, porque su posición económica o el desconocimiento de lo que es la noción de patria no se lo permitan, pero para la mayoría del pueblo constituirá esto una esclavitud, pues no es lo mismo ser dueño que ser un asalariado del capital en el mismo terreno que debería ser nuestro. A esas actividades acudiremos nosotros, los mexicanos y quizá gran parte de los extranjeros no americanos, con el trabajo del músculo en lo material de las explotaciones, y con nuestro contingente intelectual o técnico en los puestos más humildes. No se capitalizará en México y para México—hay que fijar la atención en este importante punto—más que en lo estrictamente indispensable cuando haya necesidad de construir obras materiales, pues los grandes sueldos y los dividendos, una vez pasado el período de instalación, se acumularán en el exterior. Nos durará la bonanza mientras se inviertan los capitales en la ins-

talación de los grandes negocios; pero en cuanto que éstas terminen y se establezca la normalidad, no nos quedarán más que los jornales, que la voracidad americana de riquezas reducirá al mínimo. No afirmo cosas que no se pueden comprobar. Tenemos aún reciente el caso de Tampico: grandes jornales; enormes sueldos; el terreno vendido por metros a más de lo que antes valía por hectárea o caballería; y todo ese dinero empleado en la embriaguez, en el juego y en la prostitución, para que después, cada uno de los ilusos que fué a buscar fortuna, regresará al terruño con el desengaño en el alma y con el cuerpo enfermo. Mientras duró el pozo arrojando el codiciado aceite dura la locura; pero cuando se agota se acaba todo. Hasta los campos que antes eran modesto patrimonio se quedan estériles y manchados de aceite para siempre.

Yo no sé qué nombre se le dé a esto, pero yo no lo puedo llamar progreso. La única prosperidad efectiva de nuestro país se debe basar en la producción para nosotros mismos y con nuestros propios recursos. La mayor de las felicidades es que podamos ser NOSOTROS MISMOS, sin amos extraños ni tampoco propios; sin la tiranía económica que es la peor de las esclavitudes. Pobres, pero con nuestro espíritu libre de tutelas exóticas, para formar NUESTRA PATRIA así, con letras muy grandes, para que nos llene la palabra y nos llegue al corazón. NUESTRA PATRIA arreglada a nosotros y conforme a nuestro espíritu fino indo-español; que ya son artos los días de los cuatro siglos que hemos luchado soportando esa explotación y esa esclavitud que hoy se nos presenta, cuando estamos tratando de cristalizar ideales de una posible redención.

Se creará por lo que he dicho, que yo he querido pintar una posible situación económica con las pinceladas mas fatalistas; pero no he dicho más que algo de lo que será una realidad si el programa se verifica, como se ha verificado en Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Hawai, Panamá y Nicaragua. Yo mismo siento profundo horror ante la posibilidad de que todo lo que he hablado se convierta en una realidad. Sinceramente deseo equivocarme y que al terminar esta conferencia,

todos ustedes, señoras y señores que constituís mi culto auditorio, os levantaseis de vuestros asientos para decirme: ¡No tienes razón! ¡Todo lo que nos has dicho es falso! ¡Existe aún una Providencia para los humildes! Una Nación culta no puede subyugar así a otra que no puede defenderse, a título de acumular más riquezas.

No debemos permitir que este programa se realice en nuestra Patria, porque, si se realizase ¿qué sería el mexicano en medio de esta avalancha de negocios grandiosos, ante el sañón que tiene el orgullo de haber vencido a sus hermanos de raza en la Gran Guerra, quedándose él solo con el botín? ¿Cuál sería el efecto de ese dominio económico, en la cultura esencialmente latina de nuestras clases media y elevada? ¿Qué papel desempeñaría nuestro pueblo en esas grandes empresas de explotación de nuestros recursos naturales y nuestro trabajo personal? Y lo más grave: nuestro problema del indio cuya cultura precortesiana tiene tanta influencia en nuestro mestizaje, ¿cómo se resolverá? si vamos a permitir que caiga nuevamente en su ya secular esclavitud, cuando él mismo ha dado ya tanta de su sangre para conseguir que se le trate siquiera humanamente. Si no se le eleva rápidamente a una cultura que lo haga tributario del cine, del teléfono, de la ortofónica y de la pianola; si no consume la ropa americana y las conservas, qué valor tiene para el imperialismo americano de la mercancía americana. Seguramente que se le abandonará a sus propios esfuerzos y perecerá a los pocos años, víctima de ese poder de absorción que tienen las razas fuertes para imponer a las débiles su religión, sus costumbres y su cultura.

Es muy interesante el momento histórico de la fundación de la Sucursal del National City Bank of New-York, en el edificio de una compañía mexicana de seguros que no supimos conservar. En ese edificio que está en el corazón de nuestra vieja ciudad colonial de pulida cultura latina, se asentará la genuina representación de otra raza, de otra cultura y de otras finalidades absolutamente distintas a las nuestras; y en ese palacio de mármol se instalará una nueva Casa de Contratación de Sevilla, quizá peor que la que se estableció para

manejar los intereses económicos de nuestros conquistadores; y esa casa será la que regule el crédito de México; la que determine la clase de efectos que debamos consumir; y la que únicamente compre nuestras materias primas y los productos de nuestro rico suelo.

Debemos protestar contra esa conquista; pero no con manifestaciones populares, ni con discursos, ni con inútil hostilidad al invasor. Nuestra protesta debe ser lenta, inteligente, siempre progresiva. Debe basarse en una continuada acción educacional, para adquirir el carácter de ese mismo gran pueblo; en el trabajo perseverante y en la unión de todos los que amamos a México para llegar a un ideal de prosperidad, aunque pase el tiempo; sin conseguir el éxito, con tal de que consigamos dejar bien preparado el terreno a otras generaciones.

Debemos tomar ejemplo de lo que hicieron los japoneses —un pueblo con el cual tendremos que ver en lo futuro para defender intereses semejantes y con el cual tenemos muchos puntos de contacto— desde que los poderosos soldados rusos se instalaron en Puerto Arturo, las clases directoras japonesas comprendieron que la guerra con Rusia sería inevitable. Durante diez años nada se descuidó para caldear y exaltar el ánimo de las generaciones jóvenes; y por medio de los maestros de escuela, que amaban a su patria y creían en el peligro ruso, se les presentó a los futuros invasores como conquistadores insaciables que iban a apoderarse de Corea y después del Japón. Debido a esta educación, el pueblo japonés se introdujo en Rusia muchos años antes de la guerra para estudiar sus costumbres, sus elementos económicos y de combate y hasta la psicología patriótica del pueblo; y pudo ver que esa gran nación no estaba perfectamente constituida ni tenía un ideal que perseguir o defender en esa guerra; que al japonés se le veía como a un ser de raza inferior que el poderío ruso aplastaría en cuanto que quisiese hacerlo; que el ruso no se batiría bien porque preguntaría, como preguntó durante esa guerra ¿yo por qué me bato? mientras que el japonés se batiría para libertarse de la esclavitud de una raza más poderosa. Y todo este trabajo de penetración a través de la Rusia y de otras naciones que visitaron las clases superiores del

Japón, se hizo mediante el sacrificio personal de sus hijos, quienes desempeñaron los oficios más humildes para poder llevar a su patria -y hay que fijarse bien en esto- no todo lo que vieron y que resultaría inadecuado y exótico para sus costumbres, sino únicamente lo que les hacía falta para hacerse fuertes, para formar su marina y para formar su industria moderna haciendo uso de ese maravilloso poder de imitación que tiene ese gran pueblo. En nada alteraron ni su religión ni sus costumbres, pues hubiesen perdido su unidad espiritual. No deseaban la cultura europea que les es odiosa; pero sí tomaron de ella lo que les hacía falta para contender con las mismas armas. Triunfó el japonés que luchó por un ideal común a los intereses de su pueblo y se colocó, además, al lado de las primeras potencias del mundo.

Intencionalmente no deseo tratar de la influencia que el imperialismo económico americano tendría sobre nuestra cultura y sobre nuestras costumbres, pues cansaría la atención de ustedes después de que se han servido prestármela por modo tan bondadoso. Bastará decir que las costumbres americanas malas, pues existe en ese país como en todos, un grupo selecto que salvará las buenas tradiciones, se nos están imponiendo por medio del cine, en el cual, según datos estadísticos que he visto en la prensa y que no me he ocupado de comprobar, gastamos en el año pasado algo más de lo que importa el presupuesto que México destina a la educación pública. Veinticinco millones de pesos destinados a fomentar la frivolidad y a extender las costumbres de esa FLAPPER que tan bien nos ha pintado Waldo Frank en una de sus interesantes conferencias y a dar lecciones de cómo se llevan a cabo los asaltos a los trenes y a los Bancos, pues muy pocas son las películas basadas en un motivo moral y educador. Ese presupuesto para el cine se va a aumentar considerablemente con las películas habladas que son más caras, a la par que se aumente el trabajo de penetración de las costumbres americanas, hasta que lleguemos a pensar en inglés y como ellos piensan. Yo vi y oí la película llamada SUNNY BOY y me conmoví profundamente ante la demostración tan viva que se nos hizo de esa FLAPPER de Waldo Frank; de ese producto de la

civilización americana que sacrifica al hombre en sus más caros afectos; de esa bella mujer que ya no tiene alma; y lloré al comprender que nuestras exquisitas mujeres, las que son tan amantes, tan sensibles, las que sienten el amor al hijo como muy pocas mujeres lo sienten, serán arrastradas por esa propaganda de costumbres amorales, que legarán a sus hijos, ya que las mujeres son las que verdaderamente forman el alma de los niños. Yo me avergoncé a nombre de los educadores americanos que permiten que los extranjeros conozcan cómo es la mujer moderna que han formado con el abandono de la esposa y de la madre para correr desatinadamente en busca de la fortuna.

Henry Ford, el gran organizador de industrias, a quien se debe venerar como un verdadero maestro y como a un rico verdaderamente cristiano y altamente humano, dice que ningún agricultor, ningún industrial, debe aceptar el concurso del capital que cobra interés, porque no es justo que el capitalista perciba siempre las utilidades y nunca reporte las pérdidas y además no ponga en el negocio el concurso de su trabajo. Está bien, dice, que el capital fomenta los negocios, pero siempre con el carácter de asociado. Hace algunos años que Ford tuvo en sus negocios dificultades de tanta gravedad, que necesitaba de la enorme suma de CINCUENTA MILLONES para poder consolidar sus industrias en la forma que él lo necesitaba. Tan pronto como en el mercado de dinero se supo de estas necesidades apremiantes del gran industrial, se le presentaron muchos de los judíos de Wall Street que él tanto ha odiado, porque son los dueños de los destinos económicos de su patria y en contra de quienes escribió su famoso libro, con objeto de ofrecerle cualquiera cantidad de dinero que necesitase. Fue tal la cantidad de banqueros que lo visitaron que, para librarse de ellos y no oír sus proposiciones, se encerró en una de sus residencias y junto con su hijo resolvió hacerse de esa cantidad que necesitaba para la reorganización de sus negocios, estableciendo economías en la fabricación de acuerdo con un plan que entre los dos elaboraron en el curso de varios días; y de esta manera reconstruyó sus negocios y les dió la importancia que ahora tienen.

Ford no quiso aceptar la ayuda de los banqueros porque en esa forma sacrificaba los intereses materiales y espirituales de su industria. Sacrificaba los materiales, porque esos banqueros, aprovechándose de la necesidad, querían una participación en el negocio en cambio de su dinero, para después excluir a Ford y quedarse con las fábricas; cosa que él comprendía perfectamente. Y sacrificaba los intereses espirituales, porque Ford, diferenciándose en esto de los demás industriales americanos, tiene dos ideales que cumplir: uno, el salario causa y el otro el precio más bajo para el público. O sea: el más grande salario para el obrero, con objeto de que pueda adquirir lo que fabrica, aparte de que sea un consumidor de todo lo que produce su patria; y el precio más bajo al automóvil para que esté al alcance de todas las clases sociales. Una y otra cosa conseguidas por medio de la perfecta racionalización de la industria.

Con lo dicho sobre Ford, tenemos nosotros el programa de salvación del dominio económico:

No aceptar el capital extraño que se nos ofrece para que gane un interés y no nos preste el concurso de su trabajo y esté con nosotros lo mismo a las utilidades que a las pérdidas.

No aceptar tampoco ese capital, cuando sabemos que se nos ofrece para excluirnos después del negocio, apoderándose de él en nombre de la fuerza del dinero.

Hacer economías para adquirir ese capital que nos hace falta y de esta manera no comprometer nuestra independencia económica; consistiendo esas economías en el profundo estudio de las necesidades para quitar lo que sea superfluo; en la sincronización de todas las operaciones para que no se pierda un solo instante de trabajo; en la economía de materias primas, para que se aprovechen todos los recursos naturales; y en la adquisición de todos los conocimientos técnicos y científicos, para que el negocio sea manejado en una forma perfecta.

Y por lo que se refiere a la parte espiritual, Ford también nos enseña que debemos saber pagar el trabajo, aun cuando también se exijala mayor eficiencia del que presta su concurso, pues todo hombre tiene derecho a vivir bien; y debemos pres-

tar el servicio de contribuir al bienestar común poniendo al alcance de todas las clases sociales los instrumentos de trabajo y los artículos de uso.

Ford definió así ese capital humanitario de que trató la revolución y que tanto fue criticado por nuestros economistas clásicos. A ese capital le abrimos los brazos y le damos un lugar en nuestra Patria. Si en estas condiciones viene el National City Bank, bien venido sea, que el mexicano tiene el corazón bien abierto para todos; pero si la acción de ese Banco es la de contribuir al establecimiento del imperialismo americano, nosotros, los mexicanos, unidos a los buenos extranjeros que trabajan a nuestro lado, levantaremos nuestra voz de protesta y nos opondremos con la fuerza del débil, que es la invocación del derecho y de la justicia, pues además de que tenemos el deber de defender nuestros propios intereses, somos el primer reducto de la América Latina ante el poder de los Estados Unidos y tenemos que defender a todo trance nuestras difíciles posiciones.

Nuestra situación es difícil y de gran peligro y nos debemos defender con gran patriotismo, seguros de que llegará un día en que todas las naciones se levanten ante el poder de esa nueva Nación, para que las deje vivir su propia vida. Yo deseo que nuestra querida patria sea exclusivamente nuestra y por eso invoco vuestro patriotismo para que continuamente digais: es necesario ser libres: es necesario tener Patria.

México, Julio 30 de 1929.